

EL CIEN PIES

No acepto los nuevos caminos, todos están llenos de hoyos, de basura, de lodo. Y mis pobres pies son los que pagan el pato. Ya todos están llenos de juanetes, de callos, de úlceras. Esto no es vida. Si tuviera yo sólo un pie, o dos, como tienen los seres humanos, pues me conformaría, pero imaginen tener cien callos, cien juanetes, cien pies con úlceras. No me doy tiempo para curar las úlceras o darme masajes. Estos últimos me los tengo que dar yo solito pues la mujer que me los daba ya me quiere cobrar mucho más alegando que trabaja el doble por las deformidades que tengo. Por supuesto que he consultado a médicos para que me digan como me curo de todo esto. Me ofrecieron inyecciones, vendas y quién sabe cuántas porquerías más. Al único que le hice caso fue al Doctor Pinto, que es ortopedista. Me dijo que lo que me hacía falta era comprarme zapatos para mis pies. Es una fortuna, le dije, cien zapatos cuestan mucho, muchísimo. Tienes que hacer el sacrificio, me contestó o con el tiempo ya no vas a poder caminar ni un metro. Y ahí me tienen quitándole el pan de la boca a mis hijitos para poder comprar zapatos. Ahorré un poco yendo a León. Por docena los venden más baratos y ya no se diga por ciento, como los que yo necesito. Los compré todos negros, eso color como que va con mi color de piel, además es elegante. Bueno, yo así lo creo. Me ofrecieron zapatos hasta de color de rosa, ni que fuera yo qué o quién. No, señores, aquí como me ven soy un ser respetable. Ahora ya pasaron como seis meses en que uso los zapatos, mis úlceras se curaron, los callos casi han desaparecido y los juanetes, que aún siguen, ya no me duelen. Soy feliz. Bueno, no tan feliz pues por usar zapatos todo el mundo me cambió de nombre. Antes me llamaba Alfredo.

Yo permitía que hasta me nombraran Alfredín o Alfred. Este último es que utilizaba mi amigo Leonardo que vivió muchos años en el extranjero. Pero el apodo, pues para mí es un apodo y no un nombre, no lo soporto y es el que todos me dicen. Vamos a ver, usted señor que me está leyendo. ¿Cómo piensa que me nombran? ¿Ni idea? Pues todos me llaman, imagínense, Polichinela. Sí, Polichinela. Me preguntará que por qué. Eso hice yo cuando lo oí la primera vez. Polichinela quiere decir muchos zapatos, muchas chinelas. Ahora no sé que hacer, si quitarme los zapatos para que no me sigan diciendo ese nombre o aguantarme y aceptar el mote de POLICHINELA. ¡Cuánto sufro!

TOMAS URTUSASTEGUI

FEBRERO 2006